



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XI	San Salvador, Centro América, Noviembre de 1956	Número 110
--------	---	---------------

ORIENTACION

Menéndez y Pelayo: Genio y Verdad

El día 3 de Noviembre de 1856, hace exactamente un siglo nació en Santander el hombre "prodigio de las letras", "la biblioteca ambulante" el polígrafo y Maestro Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Terminado el bachillerato a los 15 años con premio extraordinario en todas las asignaturas, se dirigió a Barcelona en 1871 a estudiar Filosofía y Letras que terminó en Madrid doctorándose el año 1875 con su tesis "La novela entre los latinos". Pensionado por su ciudad y provincia de Santander trabajó en las bibliotecas de Lisboa, Roma, Florencia, Milán, París, Bélgica y Holanda. En 1878 obtuvo en brillantísimas oposiciones la Cátedra de Literatura Española en la Universidad Central de Madrid; en 1898 al morir Tamayo y Baus, fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional; en 1911 la Academia de la Historia le nombró su Presidente y el 19 de Mayo de 1912 moría cristianamente en su ciudad natal legando a ella su riquísima biblioteca de 40.000 volúmenes.

Sus 56 años de vida vienen sobrepasados por el número de tomos de sus obras que él mismo un año antes de su muerte distribuyó en los siguientes grupos: I—Historia de los Heterodoxos Españoles; II—Historia de la Poesía Castellana de la Edad Media; III—Tratado de los romances viejos; IV—Juan Boscan. V—Historia de la Poesía Hispanoamericana desde sus orígenes hasta 1892; VI—Orígenes de la Novela española y estudio de los novelistas anteriores a Cervantes; VII—Estudios y Discursos de Crítica literaria; VIII—Ensayos de crítica filosófica; IX—La ciencia española; X—Historia de las Ideas estéticas en España hasta fines del s. XVIII. XI—Historia de las Ideas estéticas en España hasta fines del s. XIX; XII—Historia del Romanticismo francés; XIII—Poesías completas y traducciones de obras poéticas; XIV—Traducción de algunas obras de Cicerón; XV—Calderón

y su teatro; XVI—Bibliografía hispanolatina clásica; XVII—Opúsculos de erudición y bibliografía; XVIII—Horacio en España y XIX—Estudios sobre el Teatro de Lópe de Vega.

Como se ve, el campo cultivado por Menéndez y Pelayo fue el de la historia y crítica literaria, pero no a manera únicamente de un erudito investigador que acumula citas y datos, sino a la manera del genio y del artista. Con prosa enérgica y vibrante, llena de jugo y lozania, enlaza causas y efectos con atisbos geniales y sintetiza los datos que le presta su inmensa erudición en luminosos haces de artista intérprete de las acciones, los sentimientos, las intrigas y costumbres, al estilo de los humanistas del Renacimiento, tan equilibrado por lo claro y armónico de la composición, por el buen gusto, por la pureza estética, por cierta grave, consoladora y optimista filosofía, por el buen humor reflexivo y sereno y la humana y aristocrática manera de su espíritu.

"El solo, dice Santos Oliver, infundía más confianza que una legión de talentos; él fue durante treinta años el custodio y el paladín de la cultura española, el archivo y como la conciencia suprema de la nacionalidad, en el tiempo y en el espacio, a través de todos los siglos y extendida a todos los territorios y latitudes que cayeron un día bajo el cetro de sus reyes o recibieron la herencia ideal de las razas e idiomas peninsulares".

MENENDEZ Y PELAYO AMERICANISTA

Una muy buena prueba de lo que acabamos de decir nos ofrece su obra *Historia de la poesía hispanoamericana*. En este aspecto lo estudia el gran historiador mejicano Carlos Pereira que lo considera el primer americanista de los españoles en el sentido de solidaridad perfecta dentro de un orden superior que podría llamarse americanismo integral. La *Historia de la Poesía Americana*, escrita para el cuarto Centenario del Descubrimiento de América, es en sentir del mismo historiador un libro capital para España y fundamental para América. La mejor de sus obras en concepto de su autor, por testimonio de su discípulo Bonilla San Martín, venía a descubrir de nuevo a América para los españoles y para los mismos americanos, libro que si llegaba a su hora para la crítica, para el público llegaba con un adelanto de medio siglo. Aunque expositoria como guía necesaria para la *Historia de América*, el autor supo elevarse hasta las alturas de la gran creación estética. "No tengo para qué repetir, dice el mismo autor a quien vamos resumiendo, que la *Historia de la Poesía Americana* es obra de arte purísimo, y no por insistencia, sino para fijar otro dato, afirmo que como visión del conjunto del Nuevo Continente, pocos libros aventajarán al de Menéndez y Pelayo por el contenido de esa verdad íntima y dominadora que nos seduce cuando buscamos interpretaciones del alma colectiva".

"Menéndez y Pelayo parece recorrer toda la historia de América y no solo la ilumina con la antorcha de su genio crítico, sino que despierta en nosotros las emociones de lo desconocido. No creo que haya un solo americano tan inmodesto —y más diré— no creo que haya un solo especialista en estudios de americanismo tan cerrado a la sinceridad que desconozca las enseñanzas de Menéndez y Pelayo. Porque aun los que pretendan saber mejor la historia de América, encuentran a cada paso ideas nuevas, interpretaciones felices, fórmulas de simplificación explicativa que cierran un debate o plantean un insospechado problema".

"El interés que inspiran a Menéndez y Pelayo algunos temas es muy significativo, puesto que su preferencia acusa una visión más clara que la de los propios americanos, exceptuando ciertos hombres insignes que sin superarle se le igualan en esto, como Don Miguel Antonio Caro, el egregio escritor de Colombia, por ejemplo."

"Uno de estos temas es el de la influencia aberrante de las imitaciones a la europea y el de la acción de los poetas como maestros y fundadores de civilización en países nuevos. Otro de esos mismos temas que sin volver a cada paso, como el de la imitación, no deja de repetirse, es el del falso indianismo poético. Para todos ellos encuentra Menéndez y Pelayo fórmulas adecuadas de discusión en el estudio de la propia y genuina literatura americana, reveladora de un medio geográfico, peculiar y distinto, propio del mundo americano."

"El crítico, sereno y fuerte, sin atender a los gritos demagógicos ni a los improperios de la canalla absolutista de su tiempo, robó algunos de los mejores años de su labor a la tarea gigantesca que fue el encanto de su hermosa vida, para tender un puente de verdad y belleza entre la fecunda España de los Pinzones y la España joven que cortan los trópicos".

OTROS RASGOS DE SU PERSONALIDAD

Con su agudeza acostumbrada, llena de sentido, hace notar Don José María Pemán que de "el hombre Menéndez y Pelayo" que sus émulos tratan de empuñar frente al símbolo o mito o la estatua creados por sus panegiristas, se puede también decir parodiando la frase: "el genio es una gran paciencia", la otra tan fecunda en lecciones como olvidada: "el genio es una gran moral". "Hay una "moral profesional" de la genialidad, hecha de renunciaciones y dedicaciones sin las cuales se desperdician los más generosos intelectuales. Las vigiliadas de Marcelino joven devorando libros a la luz de un cabo de vela robada a sus padres; las renunciaciones a tantas situaciones vitales —honores, cargos, política, boda— por las exigencias de su labor; la dedicación íntegra a ella, hasta la extenuación, son también "genialidad" vista por ese lado ético. Pero cuidado: se encontrarán en aquel con una moralidad sostenedora de esta ideología; se toparán allá con un genio de la laboriosidad y la dedicación al que difícilmente podrán ellos oponer sus conclusiones indocumentadas".

Esta moral del genio de que nos habla Pemán es uno de los rasgos ejemplares del carácter de Menéndez y Pelayo.

Todos cuantos hablan de él alaban su amor a la Verdad donde quiera se encontrase y por quien quiera que fuera expresada. "El hacer frases sobre autores y libros desconocidos en gran parte para mí mismo hasta que empecé a escribir sobre ellos —nos dirá en la primera página de las Ideas Estéticas— me parecía un pecado de ligereza imperdonable. No he retrocedido ante ninguna lectura por árida que pareciese, y tengo mi orgullo en afirmar que hay páginas de esta obra que me han costado el estudio de volúmenes enteros".

Manifestó también este amor a la verdad en su modestia en reconocer las limitaciones de su saber y aun los errores deslizados en sus escritos o la intemperancia en algunas expresiones, modestia de que dió tan clara prueba en las Advertencias preliminares al primer tomo de la nueva edición de sus Heterodoxos españoles y al recibir la medalla de Director de la Academia de la Historia.

Su filosofía fue la que él llamaba "la filosofía perenne", "idéntica en sustancia a la del genio semidivino de Aristóteles, en donde cual mar inmenso van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depuradas en el color y la calidad de las aguas. Toda hipérbole, toda mezquindad de espíritu, toda interpretación no completa de la conciencia, se diluye y pierde en la congregación de tantas aguas, de las cuales beben copiosamente los espíritus sintéticos y organizadores".

Esta su abertura a la verdad libre de prejuicios le mantuvo siempre expedito el camino a la verdad católica que conocía profundamente a través de las obras de sus grandes teólogos y en la que quería ver cimentada la futura grandeza de la ciencia española. Conocida es su paladina confesión: "Soy católico no nuevo ni viejo, sino católico a macha-martillo, como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios". "Profeso íntegramente la doctrina católica, no solo como absoluta verdad religiosa sino como perfección y complemento de toda verdad en el orden social y como clave de la grandeza histórica de nuestra patria". De ese catolicismo dió pruebas palmarias en su vida cotidiana, en sus escritos, en su actuación política como Diputado y Senador del partido conservador y en extraordinarias ocasiones que han quedado grabadas en las mentes españolas, como en sus oposiciones a la Cátedra de la Central que comenzó santiguándose sin respeto humano alguno y en la sesión literaria del Congreso Eucarístico Internacional del 26 de Junio de 1911, en presencia de sus Majestades y de la más culta concurrencia que jamás se vió en el Teatro Real. Fue la última vez que se había de escuchar en público su docta palabra cuando se levantó a leer su testamento literario, el himno triunfal a la Eucaristía, la mejor muestra de la fe de nuestros padres en los "Autos Sacramentales".

Conforme a su aprecio entrañable a la bondad y rectitud del hombre que guardaba en lo más hondo de su corazón, según confesión propia y era propio de un verdadero humanista como él, Menéndez y Pelayo propendía a la clase de libertad de criterio que la Iglesia ha autorizado en todos los siglos y al respeto y buen trato de todos, aun de los que disientan de él en sus ideas. Y no creemos que esto se debiera a la levadura pagana que dice Bonilla y San Martín en vez de hablar mejor de levadura clásica, sino a la claridad y cortesía "con que todo puede decirse", de que habla a Camilo Pillotet.

Por desgracia no recibió él igual trato de los socios en comandita de lo que se ha llamado generación del 98, ni lo recibe aun hoy en día de los influenciados por ella que han formado en torno a su persona, como en la de otros relevantes intelectuales católicos españoles y extranjeros, una conspiración del silencio, confinándolos "al cono de sombra" por el delito de ser buenos católicos. Conocía Menéndez y Pelayo perfectamente las doctrinas heterodoxas y a sus representantes; sabía reconocer su talento y sus parciales méritos con toda lealtad, pero él que tuvo que irse a examinar de Metafísica a la Universidad de Valladolid, porque en la de Madrid iban a ser suspendidos todos, "ya que ninguno había sorprendido las sublimidades del krausismo" según lo había anunciado el profesor de la asignatura, Salmerón: aborrecía toda pedantería y la filosofía barata de muchos de sus émulos y "lo que no puedo aguantar —decía graciosamente en carta a Leopoldo Alas,— hasta por razones de buen gusto es la impiedad de perrochico", nombre con que vulgarmente en España se designa la moneda de cinco céntimos.

Dejemos la palabra a otro gran intelectual católico, Don José María Pemán:

"Su cortesía, su rectitud de criterios, su bondad humana su elegancia mental, su tolerancia de estilo, todo esto nos dibuja a Don Marcelino como una jugosa

estampa de intelectual católico. Hasta sus defectos y flaquezas ¿quién duda que los tuvo? acaban de perfilar esta estampa, con esos contrapesos vitales con que la naturaleza se toma a veces el desquite de los agotadores esfuerzos de la mente. En medio de ese enjuto, naturista, susurrante de "intelectual" que nos dió el institucionismo —sin negarle otras virtudes profesionales o técnicas— Don Marcelino, como Vázquez de Mella o como Chesterton, perfila un tipo de humanista católico lleno de conmovedor atractivo. Nos entregó un catolicismo hecho tesis, pero también hecho simpatía y humano contagio. Nos dejó párrafos llamantes y versos sáfico-adónicos; Páginas y páginas donde hay teólogos y poetas. Amaba en pareja a Fray Luis de León y a Horacio. Amaba a Dios como "principio y fin". No solo fin, al que nos encaminamos con duro y austero vencimiento, sino "principio" creador que hizo todas las cosas y vió que eran buenas... No hallaréis en el hombre Menéndez y Pelayo que tantos reclaman hoy, ese perfil de "intelectual" de inequívoca raíz puritana, cuáquera, calvinista o jansenista. Hasta por el aire de familia y por el metal de la voz se le conoce a Don Marcelino su catolicismo".

Testamento suyo para todo intelectual católico podrá ser el ardiente deseo que para la cultura hispánica expresaba con ocasión de su estudio sobre el espíritu animador de aquel otro gran polígrafo de principios de la Edad Media, San Isidoro: "Quiera Dios que ese "ardiente aspiro" continúe informando y vivificando nuestra cultura y que aprendamos de San Isidoro a dirigir como a último término toda nuestra labor científica a la mayor gloria y exaltación del nombre de Cristo, a instaurarlo todo en ese nombre, a hermanar en estricto y fecundísimo abrazo la ciencia sagrada y la profana, a no llamar ciencia a lo que no es más que deslumbramiento y a no temer tampoco, con pueril y apocado recelo, ninguna verdad científica ni estudio alguno que lo sea de veras. Porque ¿cómo una verdad ha de ser contraria a otra verdad ni una luz a otra luz, ni cómo ha de merecer nombre de ciencia la que se insurrecciona y levanta contra Dios, piélagos inexhaustos de luces y océano inagotable de verdades?"

Don Marcelino Menéndez y Pelayo murió con el pensamiento fijo en sus dos grandes preocupaciones: la ortodoxia y la cultura del mundo hispánico. Terminada la corrección de los dos primeros volúmenes de sus *Heterodoxos Españoles*, le sorprendió la muerte acabando de corregir la página 417 del segundo tomo de la *Poesía Hispanoamericana*. Una razón más para que los hispanoamericanos y españoles recojamos con respetuoso agradecimiento su programa de intelectual católico.

